

En esta foto, un niño camina por la playa, de derecha a izquierda.

Está descalzo sobre la arena negra y sujeta un juguete: un largo palo de madera con pequeñas ruedas.

Detrás de él, a la derecha, al otro lado de una laguna de agua azul turbia, un volcán escupe una nube oscura de ceniza.

Domina la mitad superior de la imagen y oscurece la vista de un cielo azul intenso.

El humo del volcán es tan denso que parece sólido y serpentea por la foto en tonos de gris y negro.

La enorme nube de humo atraviesa el agua, pasa por encima de la cabeza del niño y continúa más allá del encuadre.

El niño está envuelto en una toalla de color verde intenso y lleva pantalones cortos.

Se llama Munganau.

No mira al volcán en erupción.

En vez de eso, está absorto en el juguete que él mismo ha fabricado: un palo con una rueda en el centro y dos pequeñas ruedas al final.

Hay hierba seca esparcida alrededor de sus pies descalzos, mientras algunas ramas muertas yacen en la orilla.

Hice esta foto, llamada «Munganau Walks Home» (Munganau camina a casa), durante uno de mis muchos viajes a Matupit, en Nueva Bretaña Oriental, Papúa Nueva Guinea.

Munganau, como todos los niños que consideran este su hogar, ha vivido toda su vida a la sombra del Taurvur, este violento volcán activo.

Este lugar no siempre ha estado envuelto por arena ennegrecida y nubes de ceniza.

De hecho, antes de 1994, cuando comenzaron las frecuentes erupciones del Taurvur, las inmaculadas aguas del mar de Bismarck, los bosques exuberantes y las playas vírgenes daban la imagen de un paraíso idílico lleno de vida y color.

El volcán activo les ha complicado la vida a quienes viven aquí.

Suele escupir al cielo enormes nubes de gas y ceniza que sepultan todo bajo un manto negro.

Cuando la lluvia atraviesa las nubes de gas ascendentes, se convierte en lluvia ácida, lo que arruina los cultivos, la vegetación y el agua potable.

La ceniza se pega a todo: el pelo, la ropa, la boca y los pulmones.

Los problemas de salud son frecuentes, especialmente en los niños.

Pero pese a las penurias que el Taurvur les hace sufrir, los lugareños se han quedado en sus tierras consuetudinarias, rodeadas por el mar.

Cada noche, los niños se reúnen en la orilla para limpiarse las cenizas y jugar.

Para ellos, la erupción de esta noche no es nada nuevo, aunque el volcán haga ruidos estruendosos y suelte ceniza al cielo de forma violenta.

Para mí, era una imagen espectacular, especialmente por la indiferencia de Munganau ante el fenómeno natural que ocurría tras él.

No elevó la vista.

Para él era normal, así que siguió ensimismado, jugando y siendo feliz.

Y, aunque no lo comprendamos, Munganau y los otros niños de aquí son felices.

Sin embargo, verlos viviendo en las ruinas de su antiguo paraíso es una lección de humildad.

Nací en Alemania, donde, sin duda, llevamos una vida más cómoda.

Tenemos agua corriente y aire limpio, terrenos fértiles, electricidad, coches y enormes centros comerciales.

Ellos no, pero parece que quienes viven cerca del Tavurvur nunca se centran en lo que no tienen, sino en lo que tienen.

Su optimismo es asombroso.

Podrían quejarse cada día de que sus casas están enterradas en ceniza, de no tener comida en los huertos ni agua fresca para beber o para lavar, o de que si cuelgan la ropa limpia en el tendedero, se ensucia más.

Pero no lo hacen.

Esta foto de Munganau, tomada con una Canon 5D, muestra lo flexible, resiliente e ingenioso del ser humano.

Y cómo puede prosperar incluso en los entornos más duros.

Con el tiempo, los lugareños se han adaptado de muchas formas.

Una de ellas es su relación con los talégalos, un pequeño tipo de ave galliforme.

El talégalo pone huevos en el suelo volcánico caliente, a veces hasta a dos metros de profundidad, para que el Tavurvur los incube.

Los lugareños no solo recogen los huevos para alimentarse, sino que los usan para predecir si es probable que el volcán vuelva a explotar.

Antes de que el volcán entre en erupción, el gas ascendente calienta la tierra, por lo que el talégalo pone los huevos más cerca de la superficie.

Aunque esta imagen sea un gran ejemplo del optimismo del espíritu humano, también nos muestra la majestuosidad y ferocidad de la naturaleza, y cómo esta se comunica con nosotros.

A veces grita, de manera fuerte y violenta, en forma de erupciones.

Otras veces es más sutil.

Entre la arena negra de la fotografía, caliente bajo los pies de Munganau, hay pequeñas zonas blancas.

Podríamos confundirlas con escarcha.

Pero no lo es.

Es un pequeño e importante indicador de cómo cambia el paisaje antes de una erupción.

De todas las maravillas de la naturaleza, los volcanes son de las más asombrosas.

Transmiten la voluntad de vivir.

De estar completamente vivos.

He estado en la cima del cráter de este mismo volcán mientras entraba en erupción.

Miré hacia abajo, al corazón burbujeante y en ebullición de la tierra y, aunque podía haber acabado conmigo, no lo hizo.

Hizo que me sintiera agradecida.

Porque estaba en el límite entre la vida y la muerte, y no me pasó nada.

Creo que si más gente pudiera ver un volcán en erupción, el mundo sería un lugar mejor.

Porque al lado de un volcán, sentimos que la naturaleza está por encima de nosotros.

Los volcanes, que estaban aquí mucho antes que nosotros y estarán mucho después, nos asombran con el poder del mundo natural.

Y, aunque los volcanes pueden destruir todo lo que les rodea, también son portadores de vida, pues enriquecen la tierra y crean los cimientos de los exuberantes ecosistemas de los que nos beneficiamos.

En cuanto al Tavurvur, últimamente ha estado tranquilo.

Llevo décadas visitando este lugar y hace poco fui testigo de lo que Munganau y el resto de lugareños ven: poco a poco, mientras el volcán duerme, la vegetación y la vida empiezan a florecer y vuelve el paraíso.